

# La porfía de escribir (o me aburro)

*Juan Cristóbal Peña*

Quiero partir por agradecer esta invitación a dar la clase inaugural del año académico del Departamento de Comunicación Social por darme este privilegio, por recoger la idea de dedicar esta sesión a hablar sobre escritura y periodismo, escritura y narrativa, sobre escritura a secas. Sobre la porfía de escribir.

Un tema quizás conservador, de otros tiempos. Escribir, una práctica que está cada vez más descuidada en el periodismo, como el periodismo mismo, un recuerdo difuso de un mundo cada vez más inexistente, como un teléfono de disco, como una máquina de escribir, prontamente, como un cajero humano de supermercado. Es cierto, en estos tiempos, quizás habría que hablar de inteligencia artificial, de fake news, del fin de los medios, de nuevos emprendimientos periodísticos. ¿Por qué entonces hablar ahora de algo tan antiguo, tan básico y seminal como la escritura en el periodismo? En un mundo donde se lee y se escribe con cada vez menos profundidad y detención, donde nos comunicamos con audios y memes y stickers, donde vemos -y no leemos- tutoriales, donde lo audiovisual parece preponderante, ¿por qué hablar hoy en día de escritura?

Primeramente, me parece, porque ahí está todo. Ahí sigue estando todo o casi todo lo esencial en las comunicaciones y en la humanidad. Hagamos lo que hagamos, el periodismo trabaja siempre con el lenguaje escrito. En televisión, en radio, en podcast, en guiones para documentales, en guiones para series y películas, en formatos multimedia... siempre trabajamos con el lenguaje escrito. En el origen, en la base, siempre hay un guión, un apunte, un texto. Un escrito.

Y podríamos ir más lejos, mucho más lejos.

En "Sapiens. De Animales a Dioses", un fascinante ensayo sobre cómo los humanos llegaron a conquistar el planeta, el historiador y escritor israelí Yuval Noah Harari explica que, en la evolución de la humanidad, intervinieron dos factores fundamentales: el primero, la capacidad de los seres humanos de crear órdenes imaginarias, como la religión, las instituciones o las corporaciones; y el segundo factor fundamental fue la capacidad de haber creado y hecho evolucionar el lenguaje escrito. En su opinión, estos dos elementos llenaron los vacíos de nuestra herencia biológica.

Al recoger esta idea, el académico noruego Bard Borch Michalsen agrega otra condicionante en su ensayo titulado "Cómo la puntuación cambió la historia". Cito: "El lenguaje escrito significó, sin lugar a dudas, una condición esencial para el desarrollo y el avance de las diversas culturas, y esto no podría haber sucedido sin la participación de las comas, los signos de interrogación y otros tantos signos. La evolución de los signos de puntuación, que culminó hace aproximadamente quinientos años, resultó fundamental para el progreso de la civilización".

Para hacerse una idea del trabajo que hay en todo esto de la escritura y la puntuación, de la historia que nos antecede, es pertinente citar también a la escritora española Irene Vallejo cuando se refiere al origen de la escritura, en su libro "El Infinito en un Junco". Abro comillas:

“Los primitivos sistemas de escritura eran verdaderos laberintos de símbolos. Mezclaban dibujos figurativos -pictogramas e ideogramas-, signos fonéticos y marcas diferenciadoras que ayudaban a resolver ambigüedades. Dominar la escritura exigía conocer hasta un millar de símbolos y sus complicadas combinaciones. Ese conocimiento -intrincado y maravilloso- estaba sólo al alcance de una selecta minoría de escribas que ejercían un oficio privilegiado y secreto. Los aprendices, de origen noble, tenían que sobrevivir a una despiadada enseñanza. Un texto egipcio dice: ‘el oído del muchacho está en su espalda, sólo escucha cuando le pegas’. En las escuelas de escribas, los chicos, con las espaldas cosidas a cicatrices, se endurecían durante años a fuerza de palizas y violenta

disciplina. No se consentía remolonear, y el castigo para los malos estudiantes podía llegar a ser el encarcelamiento. Sin embargo, si soportaban la crueldad y la monotonía del aprendizaje, escalaban a las cumbres de las jerarquías religiosas. Las consecuencias de ese sistema de enseñanza fue que, durante muchos siglos, la escritura dio solo voz al poder establecido”.

Por fortuna, por fortuna para estudiantes y aprendices, hemos evolucionado, por fortuna, no estamos bajo el cruel régimen de aprendizaje de escritura del antiguo Egipto. Sin embargo, propongo que observemos esos tiempos con la perspectiva del presente y lo perdurable.

Escribir: un oficio privilegiado y secreto.

Escribir: un poder de unos pocos.

Y podemos agregar: escribir bien, un súper poder.

Ya sabemos lo seductor que puede ser la escritura de quién escribe ya no correctamente, sino con estilo, con una propuesta propia, con imágenes, con una voz propia.

Escribir. Quienes nos dedicamos al periodismo, quienes se preparan para dedicarse a este oficio, somos depositarios y herederos de una tradición riquísima. Somos parte de esta historia.

Trabajamos con la palabra. Con la palabra escrita, esencialmente. A veces, muchas veces, me temo, lo olvidamos o bien lo obviamos, como si fuera una herramienta más.

Ahora bien, a propósito de obviar, de pasar por alto, quizás habría que detenerse en una cosa importante. ¿De qué hablamos cuando hablamos de escribir? ¿Qué es escribir? O mejor, preguntémonos, qué es narrar. Porque una cosa es escribir y otra muy distinta es narrar.

Roberto Bolaño hacía una distinción al respecto. Poco antes de su muerte, en una entrevista, Bolaño decía que en el campo de las letras había dos categorías: había escritores y escribidores. Y claro, cuando hablaba de escribidores se refería explícitamente -y en particular- a gente consagrada de la literatura chilena. Decía por ejemplo que Silvina Ocampo era una

escritora y que Marcela Serrano, una escritora. Y que entre ambas mediaban años luz.

A partir de esto podríamos decir que escribir no es simplemente redactar, ni siquiera redactar bien, de modo correcto y convencional. Escribir, como dice el escritor y cronista mexicano Juan Villoro, es crear una ilusión de vida. Es pintar un paisaje y hacernos entrar en él en tanto lectores, sin darnos cuenta de que estamos viviendo una ilusión. A eso le llaman *estar dentro de la historia*. Como cuando vemos una película, una buena película, y podemos llorar y reírnos, olvidándonos por completo de que esa gente que nos está haciendo reír o llorar son actores, esa gente está fingiendo una emoción y detrás y alrededor hay técnicos, hay asistentes, vestuaristas, maquilladores, productores, hay grúas, rieles, cámaras, micrófonos, revólveres de utilerías, camerinos, detrás de todo eso hay algo tan falso como un set de plumavit y cholguán, porque a fin de cuentas el cine es un artificio, una ilusión de vida.

El cine y la escritura, la escritura narrativa, la escritura periodística con vocación narrativa también es en parte eso cuando está bien construido, es una ilusión. Una ilusión de vida basada en la realidad, en evidencia, en hechos comprobables.

Ahora bien, ¿cuál es el truco de esa ilusión?

Podríamos decir que escribir es actuar, es representar un personaje, ponerse un traje: el traje del narrador. En ese sentido, como bien sabemos, el autor no es lo mismo que el narrador, aunque obviamente se relacionan. Al narrar, el autor crea un personaje para decir lo que quiere decir, el autor o la autora adquiere un carácter, una voz, un tono y una postura que no necesariamente se corresponden con el carácter ni con la voz ni con la postura de quien está detrás, es decir, el autor o la autora. Es más, a veces -o muchas veces- el narrador no se parece a quien está detrás, moviendo los hilos de esa marioneta.

Al respecto, viene al caso consignar lo que dice el escritor estadounidense Philip Roth en una entrevista a la revista Paris Review, que se reproduce en el libro "Por Qué Escribir":

“Todo consiste en el arte de la representación”, le dice Philip Roth a una periodista. “Es el don novelístico fundamental. Algún placer ha de haber en esta actividad y estriba en eso. Ir por ahí disfrazado. Interpretar un personaje. Hacerte pasar por lo que no eres. Fingir. Millones de personas hacen eso continuamente, por supuesto, y sin la justificación de que están haciendo literatura. Lo hacen en serio. Asombra las mentiras que la gente puede mantener tras la máscara de sus rostros reales. Pensemos en el arte del adúltero: bajo una presión tremenda, y con enormes dificultades, maridos y esposas corrientes, que se quedarían paralizados de timidez en un escenario, en el teatro del hogar, solos ante el público que es el cónyuge traicionado, interpretan papeles de inocencia y fidelidad como una perfecta habilidad dramática. Son grandes representaciones, concebidas con genio hasta en los mínimos detalles, una actuación impecablemente naturalista, y realizada por absolutos aficionados. Personas que fingen perfectamente bien que son ellas mismas. La mentira puede adoptar las formas más sutiles, ¿sabe? ¿Por qué un novelista, que es un fingidor profesional, tendría que ser menos diestro o menos digno de confianza que un imperturbable contable que vive en un barrio residencial y engaña a su mujer”.

Pues bien, escribir es eso. Ejercer el arte de la representación. Ejercer este arte de manera profesional, con rigor, con dedicación, con años de entrenamiento, como un aprendiz de escribiente egipcio.

Entre paréntesis. Esta es una de las razones por las que la creación, el periodismo incluso, no debe recelar de la inteligencia artificial. El periodismo, la literatura, el arte, entre otras disciplinas. Si les damos las indicaciones específicas, los patrones indicados, la inteligencia artificial puede por ejemplo hacer un cuento “a lo Bolaño”. Incluso, por ejemplo, hacer un cruce entre un cuento de Zambra y uno de Bolaño. Y ya que estamos, podríamos suponer que le podemos pedir a un robot que nos

componga una canción al estilo de Los Bunkers. Quizás el resultado sonará parecido a Los Bunkers, tendrá sus patrones, pero no serán Los Bunkers. En cambio, podemos pedirle a un imitador humano de Los Bunkers que haga una canción que suene a Los Bunkers y muy probablemente lo hará mejor que un robot, mejor o distinto al menos, porque puede introducir una variación fuera del patrón, una ocurrencia del momento, algo propio. Un riff de guitarra de un tema de Los Tres entre medio de, por ejemplo, la canción Bailando Solo, de Los Bunkers.

Sobre esto mismo, tomemos el caso de Tomasso Debenedetti, un periodista italiano, hijo de un famoso periodista y nieto de un reputado crítico literario, que por décadas logró engañar a editores de algunos de los más importantes diarios italianos al ofrecerles entrevistas falsas hechas a famosos escritores de todo el mundo, entrevistas que nunca existieron, entrevistas que se inventó, pero que parecían tan verdaderas como las más verdaderas. Quizás hasta mejores. Hizo y publicó muchas entrevistas: a John Grisham, a Mario Vargas Llosa, a John Le Carré. Y no solo a escritores, también a políticos de primer orden: A Lech Walesa, a Mijail Gorbachov, el cardenal Joseph Ratzinger. Admitámoslo, está muy mal eso que hizo Debenedetto. Muy mal, pero hay un talento ahí. Hacer lo que no puede hacer la inteligencia artificial. Imitar no perfectamente, porque es eso sospechoso, sino con la imperfección del arte y de la vida. Y también podríamos preguntarnos otra cosa: ¿Podemos pedirle a la inteligencia artificial que haga una falsificación de una falsificación?

Tomasso Debenedetti se salió con la suya hasta que un día Philip Roth, justamente Philip Roth, del que hablábamos poco antes, leyó una entrevista a su persona y alertó que él nunca había hablado con ese periodista. Y hasta ahí llegó la carrera del falso entrevistador llamado Debenedetti. Se justificó diciendo que había querido demostrar la falta de controles editoriales en los grandes periódicos. Tenía un punto ahí. Un punto flojo, de cualquier modo. Tomasso Debenedetti se reinventó con la creación de lo que llamó los auténticos falsos en el periodismo. Creó perfiles falsos en tuitter, suplantó identidades de gente célebre o más o menos célebres. Inventó la muerte de Isabel Allende, de Gabriel García

Márquez. Nadie verifica las noticias, nadie las controla, murmuró en esa segunda etapa de impostor, ya sin gracia. Pero el Debenedetti original, el auténtico, el de la primera etapa, había demostrado que el ser humano es irremplazable. Que la falsedad es una creación, y que la creación basada en lo incierto, en lo intuitivo, y no únicamente en la repetición de patrones, puede ser superior al artificio de una máquina.

Por cierto, con esto no quiero motivar el engaño ni el plagio. Al exponer este caso, quiero dar cuenta de que tenemos un super poder, superior al de la inteligencia artificial. El poder de la escritura, una inteligencia real que se hace necesario cultivar y entrenar. Porque a fin de cuentas escribir es eso, tener en cuenta patrones, tener modelos a la vista, pero no únicamente limitarse a reproducirlos, escribir es crear sobre ellos, innovar sobre esos modelos y patrones.

Volvamos al arte de la representación que es la escritura. Podemos suponer que este principio se aplica no sólo al periodista que escribe noticias, crónicas o reportajes para ser leídos en formato texto. También aplica a periodistas de radio y de televisión. Pero no hablo del periodista telepredicador, no hablo de ese tipo de representación grotesca, porque lo del periodista telepredicador es una sobreactuación, un espectáculo sin muchos recursos ni matices. Un espectáculo pobre. Hablo de la representación que supone el ejercicio de narrar. De quien narra frente a una pantalla o un micrófono, y sobre todo de quien narra frente a un computador, sin dar la cara ni poner la voz, más que la voz escrita.

Hablo de quien escribe detrás de un computador, en soledad y algunas veces en silencio, aunque hay quienes escribimos con música, y a veces a un volumen alto, como un efecto narcótico que nos impulsa y estimula y transporta o arrastra hacia ese campo de ilusión que estamos creando. A propósito de eso, Roberto Bolaño decía que escribía escuchando música, siempre con música de fondo, escuchaba a los clásicos, a Lou Reed, a David Bowie, a Bob Dylan. Y contaba que cuando quedaba en blanco, cuando se cansaba o le ganaba el frío, porque Bolaño no tenía estufa, ni estufa ni televisión, pues se echaba a la cama a leer.

Decía recién, la experiencia de escribir desde el anonimato, desde la soledad y el ensimismamiento. Desde esa trinchera que es la pantalla del computador, en que no debemos dar la cara ni prestar la voz, desde ese lugar inventamos un personaje a quien llamamos narrador. Ese narrador es nuestra autoría, pero como decía antes, pero no somos nosotros en tanto autores o autoras. Podemos ser los seres humanos más tímidos y aburridos del planeta y sin embargo, por medio de la escritura, podemos sacar una personalidad que no nos reconocerían ni lo más cercanos. Hagan el ejercicio. Reúnan a un grupo de desconocidos, hagan escribir a cada uno alguna historia, lean cada uno de esos texto de forma anónima, sin identificar al autor, y luego procuren adivinar quien escribió tal o cual cosa. Hagan el ejercicio de ponerle rostro a los textos. Les aseguro: quien tenga una voz y un carácter más notorio en el texto, quien muestre una voz identificable y personal, quien tenga más personalidad narrativa será la persona más tímida, la que menos habla, la que procura pasar inadvertida. No es raro entonces que muchas veces sea muy decepcionante conocer a un autor o una autora a quien admiramos.

Porque a fin de cuentas -quiero insistir en este punto-, a fin de cuentas eso es narrar, ser otro, ser otra, inventarnos una personalidad para contar algo, un mundo, un universo, una historia que vale la pena ser contada.

Ahora bien, cabe preguntarse otra cosa. ¿Todo esto nos garantiza que nos lean? Porque esa es la idea, que nos lean. Y ahí estamos en otro problema. ¿Qué leemos, cuánto leemos, con qué propósito?

Hoy en día, de acuerdo con Irene Vallejo, leemos más que nunca. Leemos mucho. No hacemos más que leer. Vuelvo a citar su libro "El Infinito en un Junco":

“Hoy en día estamos cercados por carteles, rótulos, publicidad, pantallas, documentos. Las calles rebosan palabras, desde los grafitos de las paredes hasta los anuncios luminosos. Parpadean en los teléfonos móviles y las pantallas de los ordenadores. Textos en distintos formatos conviven

con nosotros en nuestra casa como tranquilos animales de compañía. Nunca había habido tantos. Nuestros días están atravesados por continuas ráfagas de letras escritas y alarmas que anuncian su llegada. Dedicamos varias horas de nuestra jornada a tamborilear sobre distintos teclados”.

Bueno, puede ser cierto. Nunca habíamos leído tanto, nunca habíamos consumido tantas letras y palabras, nunca habíamos estado tan pegados a una pantalla, leyendo mensajes, respondiéndolos, es un loop que parece no detenerse. Pero también es cierto que tenemos múltiples distracciones, que leemos corto, en baja intensidad, que los textos tienden a ser minimalistas, que leemos de manera disparatada, no sistemática, que leemos de manera cruzada, que leemos y olvidamos. Y lo que parece la peor de las condenas: leemos por obligación, porque tenemos que leer tal o cual texto o mensaje. ¿Cuánto de lo que leemos a diario lo leemos realmente por placer? ¿Cuánto realmente disfrutamos de todo lo que leemos?

Me temo que en esto el periodismo tiene alguna responsabilidad.

Por diferentes razones (por urgencia, por precariedad, por flojera, por falta de pasión y de amor por lo que hacemos), por diferentes razones, digo, el lenguaje escrito en el periodismo ha ido degradándose. Para qué hablar de los textos de largo aliento, esos textos elaborados con cuidado y tiempo. Esos textos periodísticos cada vez más en retirada, textos escritos con dedicación, textos bien documentados, bien reportados, esos textos ya casi no se hacen y cuando se hacen, no se pagan lo que merecen. Quizás, simplemente, porque no se leen, no se consumen ni se demandan. Parafraseando ese meme del abuelo de Los Simpson, quizás ustedes son muy jóvenes, pero en mis tiempos, algunos medios con vocación narrativa pagaban por palabra. Tal cual, como escuchan. A un dólar la palabra. Saquen la cuenta. Casi mil pesos la palabra. Vengo a contar una historia: cinco palabras, cinco mil pesos. Literalmente, la palabra escrita valía. Ahora, en cambio, lo que vale es el clic. En esos tiempos -y ojo, que no creo que estos tiempos sean más malos que los de antes-, la palabra valía poco más, pero también había que hacerla valer.

A propósito de esto, en una columna sobre el ejercicio del periodismo, el abogado Agustín Squella reparaba en este punto, en los clichés del periodismo, y más en particular, en los clichés del periodismo escrito. Squella daba cuentas de esa manía del periodismo por buscar términos rebuscados, por rizar el rizo, por adornar el lenguaje con bisutería, por decir golero en lugar de arquero, por decir los tubos en lugar de arco, por llamar a los futbolistas o entrenadores por su lugar de nacimiento, su gentilicio; el casildense, en lugar de decir directamente Sampaoli. No, para el periodismo deportivo Bielsa es el rosarino y tiempo atrás el Chino Ríos era el Zurdo de Vitacura. Dios, cuanto daño le ha hecho el periodismo deportivo a esta profesión, seamos juntos, cuánto daño le ha hecho una parte del periodismo deportivo. El periodismo político tampoco lo ha hecho mejor. Para el periodismo político el dirigente es el timonel, y el partido político tal, digamos, la Unión Demócrata Independiente es la tienda de calle Suecia, y así, podríamos seguir todo el día con estos ejemplos.

Sobre esto mismo, permítanme una autorreferencia. Cuando me propuse escribir el libro Los Fusileros, sobre el atentado a Pinochet y la lucha armada del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, tenía una cosa más o menos clara. Quería que ese libro no pareciera un libro de investigación periodística o de periodismo a secas, al menos no ese tipo de periodismo, el de las frases hechas, del lenguaje flojo y predecible, de los moldes y patrones. Quería hacer un libro con las herramientas del periodismo de investigación, eso es lo que sabía hacer, pero que a la vez se leyera como un thriller, como una novela, sin traicionar los principios del periodismo, esto es, un libro con evidencias, documentos y testimonios a la vista. No quiero decir con esto que lo haya logrado. Pero quería arrancar de frases como nunca imaginó o nada hacía prever. Quería huir de ese periodismo y tomar sus herramientas, sin dejar lugar a la duda de que era un libro de no ficción, escritos bajo esos códigos. Todo lo que estaba ahí debía estar respaldado, debía proponer una ilusión de vida pero a la vez esa ilusión debía tener asidero en la realidad. Una vez que publiqué ese libro, me llené de orgullo cuando me dijeron que se leía como una novela, como un thriller. Pero un día, en un live, una persona me dijo que el libro era una

muy buena ficción, que era un libro muy creativo, que se me habían ocurrido cosas geniales, y yo, no, no, no, no se me ocurrió nada. Yo no me inventé nada. Yo procuré recrear hechos a base de evidencias concretas: documentos, testimonios. Por ese afán de incorporar un estilo literario al relato de ese libro, había fracasado con ese lector que alabó la ficción de ese libro.

Volvamos al periodismo y sus clichés y frases fáciles. El escritor y periodista chileno argentino Cristian Alarcón recordaba en un taller de periodismo los días en que vivía con Mariana Enríquez en el barrio de Caballito, en Buenos Aires. Ninguno de los dos eran lo que son hoy, eran periodistas, periodistas de salas de redacción, periodistas de día a día, y cuando Mariana Enríquez llegaba de su trabajo se echaba en un sillón y se ponía a ver televisión con el control remoto en una mano y un pote de helado en la otra, y mientras hacía zapping y comía helado se rascaba la panza y decía: "me aburro, me aburro". Y bueno, Cristian Alarcón adoptó esa técnica para guiar sus talleres de escritura. Cada vez que alguien en un taller lee un texto con palabras como golero, portero, institución de educación, el rosarino, el casildense y otras cosas similares, Alarcón interrumpe la lectura, se levanta la polera, se rasca la panza y dice con voz perezosa: "me aburro, me aburro". A los lugares comunes, a las frases flojas las llama "me aburro". Hay diez "me aburro" en dos páginas, mucho. Me aburro. Hagan la cuenta ustedes. Hagamos la cuenta y procuremos huir de los "me aburro".

Vuelvo a leer este texto que preparé para esta charla y me encuentro con algunos me aburro. Ahora bien, señalemos, a fin de cuentas, por cierto, pero volvamos... Uf, cinco "me aburro" en una lectura rápida. Yo sé que ustedes han notado estas cursilerías, estos lugares comunes. Estos "me aburro", y está muy bien, de eso se trata la escritura narrativa, de leer con sentido crítico, de exigirse, de arriesgar.

¿Cómo escribir entonces? Supongo que, primeramente, con corrección, con claridad. Que se entienda lo que estoy diciendo. Escribir en claro y en fácil.

Y luego, si desde el periodismo queremos aspirar a la literatura, supongo que hay que escribir libremente, sin pretensiones, con los modelos de lecturas en mente, pero olvidándonos de esos modelos al momento de escribir, escribir como hablamos, como si estuviéramos contándole una historia a nuestros amigos, acercarnos al lenguaje oral, que es el origen del lenguaje escrito. Y cuando nos aburramos escribiendo, cuando detectemos muchos "me aburro", pues podemos hacer lo que hacía Bolaño, parar, salir a dar una vuelta, fumar un cigarro o echarse a la cama a leer.

Leer, leer, leer, que es la mejor escuela para escribir.

Muchas gracias.